

## **El estallido chileno del 18 de octubre de 2019: punta del iceberg de una revolución pendiente**

Gabriel Matthey Correa<sup>1</sup>

### **Perspectivas generales del fenómeno**

Tal como ocurre con los grandes terremotos, el 18 de octubre de 2019 (18-O) significó un antes y un después en la historia de Chile. No fueron placas tectónicas las que se desplazaron, sino capas sociales y culturales del Chile profundo. Tensiones acumuladas durante décadas —incluso siglos—, sorpresivamente generaron un violento estallido, dejando al país perplejo, intimidado, sin saber cómo reaccionar ni hacia dónde ir. Hubo fuego, humo, piedras y movimiento, cual una erupción volcánica.

Valga aclarar, sin embargo, que el fenómeno no fue ni es solo social —como sesgadamente lo calificó la prensa—, sino además sociocultural, entrecruzado con lo político, económico y tecnológico, unido a crisis ideológicas e institucionales. Se trata, por tanto, de un fenómeno multifactorial, complejo, de varias dimensiones y lecturas; una revolución necesaria, sin duda, aunque en un formato diferente. Así, no se debió al alza de 30 pesos del metro de Santiago, ni tampoco

---

<sup>1</sup> Compositor e ingeniero civil, magíster en Gestión Cultural, profesor de la Universidad de Chile.

a los 30 años de gobiernos posdictadura, sino a problemas mayores —de fondo, estructurales—, que involucran al país completo, a nivel sistémico e histórico. Y, como toda revolución pendiente, implica una situación difícil, confusa e incierta, que requiere de cambios y soluciones profundas, no solo para resolver las demandas actuales, sino además la ecuación pasado-presente-futuro, aquella que da cuenta del *ethos* chileno, de nuestro origen y destino.

En cuanto a hitos históricos, el estallido bien se puede relacionar con el golpe cívico-militar del 11 de septiembre de 1973, que dio lugar a una larga dictadura de 16 años y medio (no de 17, como suele decirse). Hay vasos comunicantes que unen ambos fenómenos, incluso como un efecto búmeran, definiendo así un gran ciclo político-histórico que puede ser trascendente para el país. Como conclusión inmediata, queda claro que “se siembra lo que se cosecha”; asimismo, que el estallido puso fin a “la transición” no hacia la democracia —todavía pendiente a nivel social y cultural—, sino hacia un país más libre de los resabios dictatoriales y dogmas del neoliberalismo, aquellos que quedaron incrustados en la Constitución de 1980.

### **Perspectivas del fenómeno según “Chile en modo antiguo”**

Referirse al fenómeno en “modo antiguo” es, por cierto, considerar la perspectiva histórica de cómo algunos hitos dejaron huellas y secuelas que, de una u otra manera, se heredaron y lograron influir hasta nuestros días. Ni la vida natural ni la vida humana son lineales, pero existe una memoria implacable que, a través del inconsciente colectivo y diferentes soportes de registro, permiten transmitir las experiencias de generación en generación.

Según esta perspectiva, el estallido sociocultural no fue un fenómeno que surgió espontáneamente, sino que fue consecuencia de un proceso mayor, con años de preparación. Así como las placas tectónicas van acumulando energía hasta generar un terremoto, las capas socioculturales lo van haciendo históricamente. En este sentido,

según se decía, el fenómeno del estallido tiene relación directa con el golpe cívico-militar de 1973, cubriendo un ciclo de 46 años entre ambos hitos. Esto implica antecedentes que van más allá de los últimos 30 años, antes de que Chile recuperara su “sistema democrático” para gobernar. De hecho, ya a mitad de la década de 1970 se había instalado el modelo neoliberal, transformándose en “la ideología chilena”. Fue importado desde la Universidad de Chicago, EE.UU., a través de un grupo de economistas chilenos conocidos como “los Chicago Boys”, liderados por Milton Friedman. Posteriormente vino la Constitución de 1980, carta fundamental creada por la Comisión Ortúzar, con la participación de Jaime Guzmán Errázuriz, principal autor intelectual de la misma. Dicha Constitución —inspirada en la propia dictadura y en el modelo neoliberal— se impuso antidemocráticamente mediante un plebiscito fraudulento realizado el mismo año 1980 (Moulian, 1997). Unido a ello, las malas prácticas significaron la destrucción de la “democracia chilena”, incluidos los atentados en contra de los derechos humanos y crímenes de lesa humanidad. Así se fueron sumando abusos y violencia, capas de conflictos no resueltos que iban acumulando tensión social.

Si se sigue explorando hacia atrás, la complejidad del tejido histórico es creciente: “Todos querían la revolución” (Fontaine, 1999). Baste recordar los tres años del gobierno de Salvador Allende y la “vía chilena al socialismo”, que también dejaron profundas huellas, causas directas que gatillaron el golpe de Estado. En el ámbito internacional, el mundo entero estaba condicionado por los intereses de la Guerra Fría, cuando EE.UU. y la URSS se peleaban el poder y control del planeta. En ese contexto, EE.UU. intervino en el gobierno de Allende para impedir su desarrollo y una mayor influencia en la región.

Asimismo ocurrió con la “reforma agraria” durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva (1964-1970), también con el apoyo de EE.UU. en el marco de la Guerra Fría, que intervino los campos chilenos, expropiando tierras a los hacendados y redistribuyéndolas a los campesinos; sin embargo, por falta de preparación técnica a estos últimos, el proyecto “fracasó”. Así y todo, “la reforma” significó un profundo impacto político y cultural, toda vez que cambió el paradigma

histórico y tradicional del “patrón de fundo”, época en que el poder político, social y económico se asociaba a la posesión de tierras, poder que se proyectaba simbólicamente hacia las ciudades y, en definitiva, hacia el dominio y control del país.

De esta manera, un breve recorrido histórico permite descubrir hitos y hebras de un tejido mayor, que da cuenta de un proceso complejo que, en su momento, se manifestó mediante diferentes proyectos y acciones políticas, en busca de un país más justo, con un mejor bienestar. Sin embargo, los procesos una y otra vez fueron interrumpidos, tanto por los intereses internos de las elites y poderes fácticos, como por las complicidades de intereses internacionales, en especial de EE.UU. Cada interrupción significó, obviamente, promesas incumplidas e ilusiones abortadas.

No obstante, yendo aún más al fondo, a nivel estructural, es necesario hacer un análisis directamente a partir de la fuente, toda vez que en Chile hay componentes culturales que no han cambiado desde los albores de la colonia. Tal como ocurre con las ciencias, en la historia las “condiciones iniciales” son relevantes, aunque no determinísticas, pues los fenómenos humanos son bastante más complejos e impredecibles que los fenómenos naturales. Los sistemas sociales son abiertos y, por ello, siempre surgen nuevos factores y circunstancias que influyen y modifican la trayectoria histórica. Hecha la advertencia, resulta esclarecedor apelar a las “condiciones iniciales” que forjaron a Chile, en cuya “matriz cultural” se puede visualizar —metafóricamente— el “material genético” y “ADN” de nuestra idiosincrasia y *ethos* fundacional.

---

<sup>2</sup> Matriz publicada en la Revista MGC N°14-2019, edición semestral del Magíster en Gestión Cultural, Facultad de Artes, Universidad de Chile

<b>MATRIZ CULTURAL DE CHILE<sup>2</sup></b>	
Material genético, a partir de nuestros sustratos coloniales	
1. Genes principales de nuestra matriz (“ADN” o material genético, base constitutiva de la cultura chilena tradicional)	
1.1 Genes de la vida hegemónica-comercial	
Base generatriz	Material “genético”
a) Las guerras.....	“gen guerrero”
b) El colonialismo.....	“gen colonial”
c) El autoritarismo.....	“gen autoritario”
d) El comercio.....	“gen comercial”
1.2 Genes de la vida sociocultural	
Base generatriz	Material “genético”
e) La religión católica.....	“gen católico”
f) La familia.....	“gen familiar”
g) El racismo y clasismo.....	“gen discriminatorio”
h) La mezcla forzada (violaciones)..	“gen machista”
2. Ejes principales (sustratos) de la cultura chilena tradicional, derivados de los genes constitutivos, hoy en crisis y/o en proceso de cambios	
2.1 Ejes conductores de nuestra cultura tradicional explícita	
a) La política	
b) El comercio	
c) La familia	
d) El catolicismo	
2.2 Ejes conductores de nuestra cultura tradicional implícita	
e) El autoritarismo	
f) El (neo)colonialismo	
g) El militarismo	
h) La discriminación y las apariencias (en diferentes ámbitos)	
i) El machismo manifiesto y el matriarcado oculto	
j) El doble origen y dualismo cultural no asumidos (el mestizaje como base)	

*Elaboración propia, según investigación realizada durante el periodo 1987-1997.*

Por de pronto, la matriz se reivindicó durante la dictadura cívico-militar, cuya filosofía significó un gran giro hacia atrás en busca de las tradiciones y componentes fundacionales de la “nación-Chile”, tomando como referentes a íconos como Bernardo O’Higgins y Diego Portales. No obstante, con ello se llegó bastante más lejos, pues se estableció una conexión directa con la colonia. El propio Augusto Pinochet U. fue producto de la cultura chilena tradicional, “patrón de fundo” —como algunos le decían—, a partir de la confluencia de dos ejes implícitos de la matriz (punto 2.2): “el autoritarismo” + “el militarismo”. A ello se sumó, como parte de su ideología: “el comercio”, “la familia” y “el catolicismo” (punto 2.1), que tuvieron especial presencia en la dictadura.

Posteriormente, durante la década de 1990 —a pesar de las apariencias de “modernidad”— la cultura chilena se mantuvo estancada y vinculada a la matriz, al menos hasta fines del siglo pasado. Esto demostró, una vez más, la gran resistencia a los cambios socioculturales —de mentalidad— que tiene Chile, en especial debido a los intereses y el control que ejercen las elites y los poderes fácticos, de suyo conservadores. En pleno siglo XXI, sin embargo, a consecuencia de la “revolución digital”, algunos ejes o vectores de la matriz entraron en serios conflictos y contradicciones, lo cual actualmente está significando profundas mutaciones culturales. Vectores como “la política”, “la familia” y “el catolicismo” se encuentran en franca crisis. “El militarismo” también, pues conceptos como “frontera”, “patria” y “nación”, en el siglo XXI han ido perdiendo fuerza, especialmente en las nuevas generaciones. El vector “comercio”, en cambio, durante las últimas décadas resultó fortalecido, producto del sistema neoliberal que impuso la “economía de mercado” —nunca social— como centro de nuestra vida, dando lugar a una “cultura mercocrática”<sup>3</sup>. Por algo “los Mall” se transformaron en los nuevos templos: los templos del consumo (Moulian, 1998).

Con todo, las crisis institucionales —en especial en la política, la familia y el catolicismo— dejaron a “Chile en modo antiguo”, sin

---

<sup>3</sup> Cultura mercocrática o “mercocracia”, neologismo que da cuenta de aquellas sociedades cuya vida gira en torno al mercado, asumido este como el principal ámbito y sentido de la existencia humana.

referentes valóricos ni éticos, además de una ausencia total de líderes. Esto también vale para “el militarismo” que, dentro de su propio ámbito doctrinario, fue perdiendo liderazgo y credibilidad.

Junto a lo anterior, no por casualidad los seis ejes implícitos de la matriz (punto 2.2) actualmente son protagonistas importantes del fenómeno. “El autoritarismo”, por cierto, pues todavía hoy se practica la verticalidad del poder en los gobiernos de turno, las empresas, universidades e instituciones en general, incluidos los propios hogares. Es más, puesto que en Chile predomina el “adultocentrismo”, aquel que ningunea a la juventud sin asumir que los jóvenes son hijos —consecuencia directa— de los propios adultos.

Dentro de esta misma lógica, igualmente está presente “el machismo manifiesto y el matriarcado oculto”, eje asociado al autoritarismo y abuso de los hombres adultos, práctica obsoleta que hastió a las mujeres. Por otra parte, “el (neo)colonialismo” ha estado siempre presente, pues Chile nunca llegó a independizarse realmente, ni siquiera en el periodo 1810-1814. Históricamente, nuestro país, en la práctica, solo ha cambiado de dependencia. Por de pronto, según se decía, a partir de la década de 1970 fuimos neocolonizados por EE.UU. a través de los Chicagos Boys y el neoliberalismo, lo cual incluso se reforzó debido al apogeo de la religión mormona<sup>4</sup>. Todo esto causó una gran crisis de identidad, que llevó a Chile a confundir nuevamente su *ethos*, el cual fue sustituido por la “mercocracia” y el consumismo, transformándonos en un “país de fantasía”: un “país de las cosas” (Lavín, 1987)<sup>5</sup>. La obsesión llegó a tal punto que algunos sectores promovieron a Chile como el “sueño sudamericano” o “los EE.UU. de Sudamérica”<sup>6</sup>.

---

<sup>4</sup> Si bien los mormones llegaron a Chile en 1956, su principal apogeo fue durante el periodo 1975-2000. Véase <https://noticias-cl.laiglesiadejesucristo.org/datos-y-estadisticas/pa%c3%ads/chile>

<sup>5</sup> Joaquín Lavín, uno de los líderes del sistema, publicó su libro: *Chile Revolución Silenciosa*, fiel reflejo del “país de las cosas”.

<sup>6</sup> La clásica obsesión por querer ser “los ingleses de América”, al parecer quedó superada en 1998, presumiblemente debido a la detención de Augusto Pinochet en Londres.

Finalmente, el eje de “la discriminación y las apariencias” también ha sido un vector vigente hasta nuestros días, principalmente porque en Chile no existe “movilidad social”. De hecho, las injusticias sociales, la discriminación y el mal trato han sido una constante no solo en las últimas décadas, sino desde los inicios de la colonia. El individualismo actual, la competencia y el exitismo llegaron a un nivel tal que, simplemente, el otro no existe. La conciencia social y solidaridad se perdieron completamente. Las apariencias —incluyendo el apellido, el barrio de residencia, el color de la piel, la forma de hablar, el lugar de estudios, etc.— hasta hoy son causas de discriminación. Por cierto que esto se ha reforzado en las últimas décadas, debido a las nuevas migraciones. Y con mayor razón en relación con el último vector de la matriz, “el doble origen y dualismo cultural no asumido” —incluido el mestizaje—, que en Chile jamás se ha reconocido oficialmente. Más todavía en el caso del conflicto chileno-mapuche, pues, a pesar de estar cercanos a cumplir 500 años de la conquista española, “la guerra de Arauco” aún continúa.

Todo lo anterior se resume en malestar, rabia, tensión y desesperanza acumulada, unido a una desconfianza generalizada en las instituciones y autoridades. Esto motivó especialmente a la juventud, que reaccionó en contra de un Chile “en modo antiguo”, anacrónico, todavía vigente. En parte esto explica que jóvenes —incluidos menores de edad— se hayan movilizado y, finalmente, hayan generado el estallido.

### **Perspectivas del fenómeno según “Chile en modo actual”**

Las perspectivas del fenómeno “en modo actual” sin duda han predominado entre analistas, periodistas e intelectuales (Peña, 2020), incluyendo a políticos y al propio gobierno de turno. Sin embargo, han sido visiones cortoplacistas, focalizadas solo en “la punta del iceberg”. Se ha reconocido ciertos errores de los últimos 30 años, pero igual se ha justificado “el éxito” y resultados macroeconómicos. No se ha entendido el problema de fondo, estructural —histórico, social y cultural—, pues los análisis se han hecho principalmente según perspectivas economicistas.

Salvo contadas excepciones, las otras dimensiones han sido ignoradas, con mayor razón el Chile profundo.

En rigor, entonces, el fenómeno “en modo actual” debiera considerarse al menos desde la Constitución de 1980, cubriendo 40 años en total. Ello porque fue a partir de ese momento cuando en Chile se impuso oficialmente un sistema basado en el modelo neoliberal y en los principios de la dictadura que, sin desconocer las reformas realizadas posteriormente, marcó un sello que ha predominado hasta nuestros días. Desde esa época se crearon condiciones de vida que influyeron profundamente en nuestra forma de relacionarnos, convivir y “ser” como país. No por casualidad la redacción de la Carta Magna se amparó en el concepto de “democracia protegida”, siendo Jaime Guzmán uno de sus principales inspiradores<sup>7</sup>. Todo esto —incluida la falta de libertad de pensamiento y expresión— bloqueó y condicionó a la sociedad y cultura chilenas desde 1980 hasta la fecha, situación que se constituyó en un caldo de cultivo para el estallido.

Asumido ello, se comprende sin embargo que el análisis del fenómeno se haya hecho solo a partir de 1990, pues fue desde ese año que se abrieron las esperanzas de cambios para Chile. Fue desde entonces cuando se dio por sentado que serían los políticos chilenos quienes asumirían la responsabilidad de mutar hacia un país genuinamente democrático. De hecho, desde 1990 gobernó la “Concertación de Partidos por la Democracia”, y 20 años después se agregó la centro-derecha, todos gobiernos que buscaron ansiosamente protagonizar el fin de “la transición a la democracia”; no obstante, reconociendo ciertos avances, ninguno lo logró. Tampoco se cumplió con la promesa de la “alegría ya viene”, que inspiró al “triumfo del No” en el plebiscito de 1988. En realidad, fueron 30 años de una “democracia representativa” —a medias—, que mantuvo al país anestesiado, domesticado por la fantasía, las cosas y el consumismo.

---

<sup>7</sup> Corvalán, A. (13-11-2019). Cómo la despolitización y marginación, promovida por la Constitución del 80, hoy nos pasa la cuenta. *Ciper Académico*. Recuperado de <https://ciperchile.cl/2019/11/13/como-la-despolitizacion-y-marginacion-promovida-por-la-constitucion-del-80-hoy-nos-pasa-la-cuenta/>

En dicho contexto, en la década de 1990 el “modelo chileno” hacía “milagros económicos”, con tasas de crecimiento macroeconómico que superaban el 7%. El neoliberalismo se imponía y validaba como tal debido a sus “buenos resultados” y a su “política del chorreo”<sup>8</sup>. Ello unido a campañas comunicacionales y a una sociedad obnubilada por el exitismo del momento, sin contrapesos. Los impactos del *marketing* político y económico fueron en exceso invasivos. La alegría que no llegó se sustituyó por castillos construidos sobre arena, sin roca firme, todo alimentado por la superficialidad y la farándula. Más importaba la fachada del envase que lo que había adentro; más importaba las formas que los contenidos<sup>9</sup>; el orden y éxito del Chile aparente en desmedro de ese “otro Chile”, aquel oculto e invisibilizado.

Asumiéndolo así, en la década de 1990 el neoliberalismo efectivamente significó una verdadera explosión de crecimiento macroeconómico, incluyendo la apertura y expansión al comercio internacional a través de los tratados de libre comercio, TLC. Fue entonces que se instaló, en pleno, la lógica de la “economía de mercado”, en la que se fomentaba la libre competencia, el consumismo y el exitismo, causando mutaciones de fondo en nuestra sociedad que facilitaron la introducción del individualismo. Esto caló profundo en nuestra idiosincrasia, en la vida comunitaria y solidaria propia de nuestro *ethos* original. Tanto en Chile como en Latinoamérica, históricamente había predominado el “yo colectivo” —asociado al rito, la oralidad y los espacios de encuentro— por sobre el “yo individual” —asociado al logos, la escritura y los espacios de abstracción— (Morandé, 1987). Como contrapartida, la sensibilidad y prácticas comunitarias fueron sustituidas por la euforia de los espectáculos masivos (fútbol, Festival de Viña, rock, etc.), en los cuales las “sociedades de personas” pasaron a ser “masas de consumo”. Esto significó un cambio estructural —existencial— que atentó contra la quintaesencia de nuestra cultura, la cual, en definitiva, se traicionó a sí misma. El individualismo, fragmentación y sometimiento

---

<sup>8</sup> Aquella que se basa en la distribución de la riqueza material en función de los excedentes económicos que, supuestamente, se derramaban hacia las bases sociales.

<sup>9</sup> No por casualidad, en ese tiempo existieron revistas como *Cosas y Caras*.

social que causó el neoliberalismo son las principales razones que explican, “en modo actual”, el estallido sociocultural del 18-O.

Efectivamente, con la “economía de mercado” la vida chilena se redujo a una “cultura del tener”, asociada a una mercocracia fundada en el individualismo y la competencia, en la que el sentido del otro no cuenta. En ese contexto, algunas personas llegaron a considerar al sistema como una “dictadura del mercado” o “dictadura del consumo”. “El consumo me consume”, decía Tomás Moulian (1998). Consecuentemente, ya no correspondía hablar de personas sino de consumidores. La educación se redujo a instrucción, regulada como un negocio más del mercado, en la que solo importaba capacitar a eficientes productores-consumidores —“prosumidores”—, en calidad de meros operadores del sistema. Los sujetos se redujeron a objetos; las dimensiones humanas y sociales se olvidaron. En Chile se generó una crisis de valores y referentes éticos, lo cual dio lugar a un “vaciamiento valórico”, carencia que marcó a generaciones completas. Frente a ello, René Descartes probablemente habría dicho: “produzco, consumo, luego existo”. Fue la época en que Francis Fukuyama (1992) habló del fin de la historia, del fin de las ideologías, a propósito de la post Guerra Fría, a cambio de un mundo basado en la “democracia liberal”. En el fondo, era la ideología que EE.UU. quería imponer en el mundo<sup>10</sup>.

En ese contexto, la sociedad chilena —tal cual— se redujo a la susodicha “mercocracia”, al país de las cosas y fantasías: a tener y consumir, competir, ser eficiente y exitoso. Hasta nuestro lenguaje y mentalidad se expresaron según los códigos del mercado. Todavía hoy, el desarrollo y supuesto éxito del “modelo chileno” se sigue pensando y midiendo sobre la base de patrones macroeconómicos, en función de “datos duros”, valores promedios, gruesos, como el Producto Interno Bruto (PIB), el ingreso *per cápita* o el índice de reducción de la pobreza, en los cuales las personas desaparecen. Es cierto que entre 1990 y la

---

<sup>10</sup> De hecho, George W. Bush intentó convertirse en el “gran dictador” del planeta, lo cual le duró hasta la crisis financiera internacional de 2008 que, unida al “atentado a las Torres Gemelas”, fueron dos hitos que marcaron el inicio de la caída del imperio estadounidense.

actualidad la pobreza material bajó desde un 40 a menos de un 10%, pero ¿qué pasó con nuestra humanidad? Por de pronto, las formas de vivir, de relacionarse y convivir entre las personas no mejoraron y, todavía hoy, nuestra realidad humana da cuenta de un país subdesarrollado, injusto, sin movilidad social ni valores relacionales. Incluso la propia distribución de la riqueza material se mantuvo concentrada en unas pocas familias, demostrando que la “técnica del chorreo” no funciona (es inmoral). Nuestro coeficiente de Gini así lo indica, cuyo valor —por lo menos hasta el año 2010— vergonzosamente se mantuvo por sobre el 50%, siendo Chile uno de los peores países del mundo en este sentido, mostrando cierta mejoría solo en los últimos años<sup>11</sup>.

En el fondo, el tema de la pobreza en Chile, en su sentido amplio e integral, sigue pendiente. Las “macrocifras” son engañosas, pues solo dan cuenta de ciertos efectos pero no de sus causas; no de aquellos factores tan relevantes —basales— como el acervo cultural, la configuración familiar, las redes sociales y las condiciones iniciales de vida y educación. Aquí hay que enfatizar que “la instrucción” no es un buen sustituto: no es una opción que permita formar personas a cambio de producir meros operadores del sistema. En otras palabras, en el “Chile en modo actual” no se ha considerado qué tipo de vida es la que queremos construir, en tanto está claro que las dimensiones social, humana y valórica, al menos hasta antes del 18-O, fueron completamente ignoradas. ¿Qué se saca con reducir cierto tipo de pobreza material si a cambio se ofrecen guetos verticales, viviendas y barrios antisociales, cités y hacinamientos humanos, sin áreas verdes ni urbanización, caldo de cultivo para la violencia y la drogadicción? Solo se consigue mejorar las estadísticas y engañar al país —incluida la percepción internacional— a cambio de aumentar nuestra “pobreza de humanidad”.

Con todo, efectivamente en las últimas décadas nuestro país —“en modo actual”— se construyó sobre arena, desde las cúpulas de

---

<sup>11</sup> Ver de Urzúa, S. (mayo 2018). La batalla contra la desigualdad en Chile. Serie Informe Social. Santiago de Chile: Libertad y Desarrollo. Recuperado de <https://lyd.org/wp-content/uploads/2018/06/SISO-173-La-batalla-contra-la-desigualdad-en-Chile-Mayo2018.pdf>

poder; se fundó sobre la base de una contradicción vital: por un lado se desarrolló materialmente, pero, por otro, se subdesarrolló humana, social y espiritualmente; por un lado buscó una modernidad de fachada, pero, por otro, se mantuvo en una suerte de premodernidad. Producto de ello el país quedó dividido por un muro invisible —el “muro chileno”—, que dio lugar a dos Chiles paralelos que hasta hoy coexisten en el mismo territorio: uno de fantasía, distraído en las cosas, la “cultura del tener” y la mercocracia; otro, propio de la “cultura del chorreo”, marginal, atrapado por el abandono, el maltrato, las injusticias y el malestar; esclavizado por las deudas acumuladas, las humillaciones, resentimientos y rabias. No obstante, más allá del “muro”, el país completo sufrió de un “vaciamiento valórico”, como se decía, quedando sin argumentos para sostener una convivencia pacífica; sin fundamentos para definir un proyecto colectivo de país: un *ethos* que justifique y motive nuestra existencia.

### Los protagonistas del estallido, según “Chile en modo actual”

Entrando ahora en el foco mismo del estallido social, lo que más llama la atención, sin duda, es que haya sido protagonizado principalmente por jóvenes. De hecho, se gatilló como una “revolución de la juventud”, cuyo proceso, aún pendiente, continúa hasta hoy día. ¿Y por qué la juventud? La respuesta la dieron los mismos jóvenes: “no tenemos miedo”.

Esto caló profundo, en tanto el motor del neoliberalismo es precisamente “el miedo”, que sirve de control social y regulador de mercado<sup>12</sup>. Sin embargo, en esto no hay que olvidar el “otro miedo”, aquel que dejó bloqueadas a generaciones completas por el trauma y proyecciones de la dictadura. Muchas personas quedaron políticamente inhibidas o bloqueadas para actuar en forma efectiva, lo cual hoy, en parte, explica la falta de liderazgos e incapacidad para, en 30 o 40 años, no haber logrado los cambios necesarios. Al contrario, no pocos se

---

<sup>12</sup> Esto, en parte, explica que “la seguridad” actualmente sea tan buen negocio.

vendieron al sistema, cayendo en la corrupción, mezclando política y dinero, traspasándole mayor poder a la economía y, consecuentemente, a las grandes empresas nacionales y transnacionales, siempre en complicidad con las elites y poderes fácticos. Esto, sumado a las crisis institucionales —además de la crisis ambiental—, explica la pérdida de autoridad del mundo adulto y, con ello, la pérdida de poder, confianza y credibilidad ante la juventud y la opinión pública.

Ahora bien, tratando de comprender mejor la situación, hay que reconocer que el panorama general del país ya hacía tiempo venía adverso. De partida, en la década de 1990 las primeras generaciones juveniles eran hijos de la dictadura o hijos de padres que, de una u otra forma, habían sido afectados por la dictadura. Era una época “a-política”, en la que ya todo se hacía acorde a las leyes del mercado, sin fundamentos humanos que dieran sentido a lo que se estaba construyendo. El debate casi no existía, salvo en la propia clase política que, poco a poco, se fue envolviendo en una burbuja, olvidándose de la sociedad chilena. El rumbo a seguir, por lo tanto, lo marcaba en la práctica la Constitución de 1980. La sociedad adulta, hipnotizada, terminó siendo víctima del consumismo y de la “cultura del tener”, dentro de una dinámica competitiva en que solo valía tener más que el/la otro/a. Como espejo de EE.UU., el tiempo chileno se transformó en capital económico (*time is money*). Y, frente a tal potencial de “oportunidades”, los padres desatendieron sus hogares, olvidando el acompañamiento y educación de sus hijos, delegándolo todo a los jardines infantiles, escuelas, liceos y colegios, internet y/o redes digitales (mal llamadas sociales). Consecuentemente, hijas e hijos fueron víctimas de la soledad y falta de afecto, perdiendo el soporte emocional y valórico que todo ser humano requiere para su formación. Así, en Chile se dejó de educar y se optó por instruir. Se dejó de formar personas con conciencia social y política, ciudadana y/o rural, a cambio de entes productores-consumidores, eficientes operadores del sistema. La juventud fue “ninguneada”, quedando abandonada y desamparada, sin luces en el horizonte.

Sin embargo, un país que ignora su *ethos* y no sabe escuchar a su juventud; que no ofrece un proyecto colectivo para motivar y

entusiasmar a las nuevas generaciones; que no ofrece un buen sistema de educación y salud, ni alternativas laborales atractivas y dignas —menos jubilaciones justas—, es un país sin futuro e, inevitablemente, genera condiciones adversas que estimulan a la juventud a reaccionar en contra, en defensa propia, sin miedo y nada que perder. Así, por lo tanto, frente a un mundo adulto desautorizado y deslegitimado, nuestra juventud no tuvo otra opción que iniciar su revolución. Tal como lo dice el lema del escudo nacional —“por la razón o la fuerza”—, si los cambios no se lograron por la razón, pacíficamente, había que hacerlos por la fuerza.

Pero, dentro de esta misma lógica, el estallido ya tenía una serie de antecedentes que lo fueron preparando, incluso internacionales. Recuérdese “La primavera árabe” (2010-2012) y todo lo que vendría después, aunque en Chile los estudiantes ya habían realizado movilizaciones pacíficas, como la “revolución de los pingüinos” (2006) y su correspondiente réplica (2011). Y esto tampoco se detuvo allí, en tanto posteriormente continuaron las manifestaciones, preparando las condiciones para lo que ocurriría a partir del 18 de octubre de 2019. En especial, aquellas protestas en el simbólico Instituto Nacional —en pleno centro de Santiago—, ya en modo “estallido social”, casi como pequeños ensayos generales para gatillar la revolución.

Yendo incluso más atrás, en la misma década de 1990 la juventud chilena también se había manifestado pacíficamente, cuando decía “no estar ni ahí” con nada ni nadie. Los jóvenes ya desconfiaban del sistema; sabían o intuían que sería muy difícil lograr los cambios de fondo. La falta de democracia y participación, la carencia de ideales, líderes y referentes —incluida la corrupción—, impedían ver un futuro claro. La democracia y alegría que entonces no llegaron generaron profundas frustraciones en gran parte de nuestra sociedad, en especial en una juventud que se sentía huérfana, ignorada y abandonada. Fue entonces cuando los jóvenes optaron por buscar su propio camino: unos grupos se refugiaron en las tribus urbanas, otros en el fútbol y/o en las

barras bravas, otros en el alcohol y/o las drogas; una parte quedó como “nini”<sup>13</sup>, aunque la mayoría se refugió en internet y en las redes digitales. No por casualidad en esta última década Chile llegó a tener la mayor tasa de suicidio adolescente en Latinoamérica<sup>14</sup>. Claramente, ya existía una crónica anunciada sobre lo que sería el estallido sociocultural. Nuestra juventud, en defensa propia, sin miedo y nada que perder, había optado por asumir la causa.

Es cierto que la violencia no es el mejor camino para solucionar los problemas, pero Chile hasta hoy no sabe proceder de otra forma. A pesar de estar en pleno siglo XXI, todavía no aprendemos a razonar ni a dialogar, menos a debatir; somos literalmente mal educados y, por lo tanto, subdesarrollados. De allí que no actuamos por la razón sino por la fuerza. Así ocurrió con el golpe cívico-militar de 1973; así ocurrió con el “estallido sociocultural” de 2019. Ello a pesar de que sabemos que la violencia trae más violencia, con múltiples caras, explícitas e implícitas. Hay violencia en el maltrato físico y psicológico; hay violencia pública y privada, laboral y familiar. La hay con las injusticias, discriminaciones, humillaciones y marginaciones sociales; pueden ser comunicacionales y simbólicas, bulliciosas o silenciosas, directas e indirectas. La violencia física es consecuencia de otras violencias. Si el golpe cívico-militar, la Constitución de 1980 y los gobiernos de la Concertación (Piñera I y II incluidos) culminaron con el estallido, queda claro que efectivamente “se siembra lo que se cosecha”, según se advirtió al comienzo.

### **Perspectivas del fenómeno según “Chile en modo nuevo”. Proyecciones**

Una componente importante, todavía difícil de comprender, se refiere a la influencia de la tecnología en el fenómeno del estallido, en especial, de las redes digitales. Por de pronto, la tecnología cada

---

<sup>13</sup> Término que significa “ni estudia, ni trabaja”.

<sup>14</sup> Scheuch M. (24-03-2012). Tasa de suicidio adolescente es la más alta de Latinoamérica. *Diario UChile*. Recuperado de <https://radio.uchile.cl/2012/03/24/tasa-de-suicidio-adolescente-es-la-mas-alta-de-latinoamerica/>

día penetra más en la cultura debido al fuerte desarrollo de los medios de comunicación, la inteligencia artificial, la robotización, la nanotecnología, etc., lo cual es parte de un nuevo gran ciclo cultural de la humanidad: la “era digital”. Si bien Chile está desfasado al respecto, esta “nueva era” está cambiando la forma de pensar, de relacionarnos entre los seres humanos y con el medio ambiente; está cambiando nuestra forma de convivir y comunicarnos; de trabajar y hacer política; de ejercer el poder y la democracia. Se trata de una profunda revolución que, definitivamente, deja atrás la “era industrial”.

Esta nueva forma de ser y vivir permite explicar, por ejemplo, las dificultades y contradicciones que tuvo el gobierno para asumir el fenómeno del estallido, incluyendo a “las fuerzas de orden” que, en su momento, tuvieron serios problemas para controlar la situación. Las noches de toque de queda no fueron efectivas, mucha juventud salió de todos modos a las calles, simplemente porque no tenía miedo e, incluso, se atrevía a desafiar a los militares. Así, el formato de control usado por la autoridad —acorde con las antiguas usanzas— estaba obsoleto.

En un principio se pensó que el estallido se debía a grupos organizados, guiados por el carisma de ciertos líderes, con reuniones previas para definir las estrategias a seguir. No obstante, tales procedimientos tradicionales fueron descartados, pues no coincidían con las evidencias observadas. La situación parecía caótica e incontrolable, con grupos y ataques que surgían por doquier, en forma impredecible. Su conducta recordaba la “dinámica de partículas” o la “entropía” de la termodinámica. También el “efecto hormiga” que, operando sistémicamente, con pocas reglas y un objetivo común, logra cumplir sus propósitos. Dentro de esta dinámica, no importaba que las personas se conocieran ni que algunas sufrieran daño o, incluso, que terminaran muertas; solo valía alcanzar las metas. En este sentido, es muy probable que el uso de las redes digitales haya sido clave, en tanto conseguía, en muy poco tiempo, la masa crítica de voluntarios dispuestos a consumir cada misión. Bastaba tener motivaciones comunes, con reglas y objetivos claros, para que el procedimiento funcionara. Todo parecía operar según una lógica algorítmica, omnipresente, aunque subliminal. Ello explica

que el estallido haya logrado propagarse por el país completo, a gran velocidad, como un efecto dominó.

En este “modo nuevo”, entonces, además de hablar de “estallido sociocultural” corresponde hablar también de “estallido digital”, lo cual no solo trae consecuencias ahora, sino futuras. De partida, la nueva política ya no funcionará tal como la conocemos; menos la verticalidad del poder o el autoritarismo. La lógica y estructuras tradicionales para ejercer el control del país mutarán hacia relaciones más horizontales, en las que la juventud también tendrá voz y voto. La lógica de los algoritmos irá influyendo poco a poco en el diseño y ejecución de políticas públicas. Muchas decisiones tendrán que, inevitablemente, tomarse en forma participativa e inclusiva, considerando cada vez más los fenómenos socioculturales que, al parecer, operan como inteligencia artificial.

Lo anterior no es ciencia ficción, pues el propio “estallido digital” ya fue una evidencia de ello. Así de importante es decodificar este “Chile en modo nuevo”, toda vez que el país se empieza a mover y a controlar según nuevas lógicas, en las que el ciberespacio, la “sociedad y cultura digitales”, incluida la “inteligencia social” —de carácter algorítmico—, cada día tendrán mayor influencia y presencia. Así las cosas, el fenómeno del estallido parece más complejo y sofisticado de lo pensado, revindicando incluso la participación del inconsciente colectivo. Con todo, es posible que Chile efectivamente esté despertando, partiendo por el agotamiento y desplome definitivo de nuestra “matriz cultural”, poniendo fin al (neo)colonialismo y dando inicio a nuestra “era poscolonial”.

Entonces la idea de un “nuevo Chile” adquiere mayor sentido, aunque nos tengamos que levantar desde las ruinas. Consecuentemente, la idea de una “nueva Constitución” se hace imprescindible, como parte de “la revolución pendiente”, aquella inspirada en la “nueva era” que nos toca vivir. Si Oswald Spengler, hace un siglo, se refirió a la “decadencia de Occidente”, hoy también se puede hablar de la “decadencia del Chile tradicional”, incluyendo el agotamiento del sistema neoliberal y aquellas doctrinas e ideologías asociadas a la “era industrial” y lógica de la Guerra

Fría. En la “era digital” es necesario repensar la política y la economía, acorde con la realidad local-global del siglo XXI, en la que hombres y mujeres somos igualmente protagonistas.

La vida sigue, lo cual invita a todos a construir proactivamente —en forma democrática, colectiva, inclusiva y participativa— el “nuevo Chile” que queremos, ahora en “modo poscolonial”. La revolución pendiente no es solo sociocultural, sino digital, política y económica, científica y tecnológica, antropológica y sociológica. Los antiguos paradigmas pasaron a la historia; de aquí en adelante se necesitan nuevas propuestas, sin olvidar que el futuro de Chile y el mundo será protagonizado por las nuevas generaciones, incluyendo a quienes participaron en el estallido del 18-O.

### **Propuesta de un paradigma para una revolución necesaria, según “Chile en modo nuevo”**

Quizás parezca ambicioso incluir aquí la propuesta de un paradigma para motivar y darle sentido a nuestra vida en la “nueva era”; no obstante, tratándose de un ensayo, nada se pierde con intentarlo. Con mayor razón si ya existe suficiente experiencia y evidencias locales y globales al respecto, considerando la urgente necesidad de vislumbrar nuevos horizontes para nuestro futuro.

Hacer una propuesta nacional, sin embargo, hoy tiene poco sentido, pues la vida del siglo XXI transcurre en la doble dimensión local-global, dentro de una dinámica sistémica, planetaria. “Piensa global, actúa local” dicen los ambientalistas, principio que en realidad vale para todas las disciplinas, en cuanto cada día se hace más evidente que “todo está relacionado con todo”. La humanidad más que nunca necesita romper sus fronteras físicas y mentales, y trabajar en forma participativa, interactiva e interdisciplinaria.

La vida es multidimensional, rica en diversidad, de suyo compleja y apasionante de ser vivida, en la medida en que tengamos libertad para

poder acceder a sus diferentes dimensiones. Por ello Chile no puede seguir atrapado en sus modos antiguos de ser y proceder, bloqueado por la sola “economía de mercado” y “cultura del tener y consumir”; no puede seguir reduciendo a nuestra sociedad a un confinamiento mental y emocional que supera, con creces, las cuarentenas del coronavirus. Chile no puede seguir siendo víctima de una cultura mercocrática, en la que el mercado se considera como el centro que regula todo y la vida se reduce a una sola dimensión.

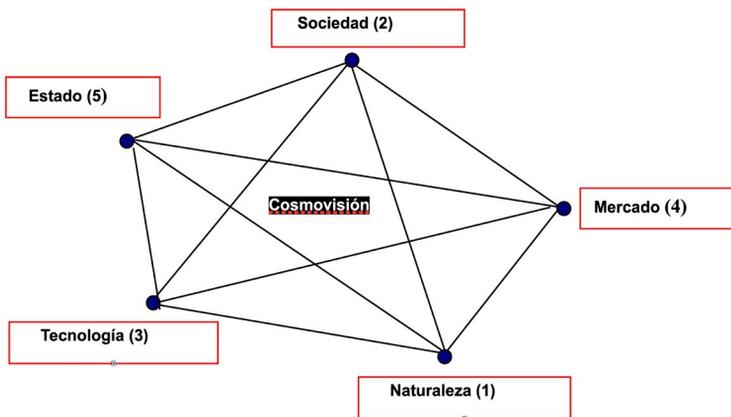
Seguir creyendo que el neoliberalismo es la panacea ya es una utopía completamente anacrónica. Tenemos que saber reconocer y asumir nuestras propias debilidades, entre las cuales el egoísmo, la ambición y soberbia humanas se burlan de las propias “leyes del mercado”. Asimismo, hay que reconocer que el estatismo tampoco es la solución, en tanto igualmente entran a operar —desde la otra orilla— las debilidades humanas. La lucha polarizada entre los mundos privado y público es una lógica y práctica del pasado, pre caída del Muro de Berlín y “era industrial”, ya obsoleta.

Hoy más que nunca “la sociedad” —incluida la juventud— se ha constituido en un poder político diferente al Estado. Por ello, se hace necesario tener igual participación y presencia —como “voz colectiva” — en la definición de políticas y gobernabilidad del país. Esto cada día será más posible gracias a las redes digitales y medios de comunicación en general. Simultáneamente, la voz de “la naturaleza” adquiere un “poder político” que debemos saber escuchar y considerar, pues influye decididamente en nuestras vidas. En especial en Chile, recordando el poder que tienen los terremotos, maremotos y sequías, entre otras manifestaciones. Y ahora, con mayor razón, a nivel planetario, con el fenómeno del calentamiento global y, obviamente, con la pandemia del coronavirus, que en pocos meses desplomó la economía mundial. Por su parte, la tecnología igualmente ha adquirido vida propia y “poder político”, incluyendo la inteligencia artificial, los algoritmos, la robótica, internet y las redes digitales, entre otras componentes.

En definitiva, hoy la vida humana depende de al menos cinco dimensiones principales, cinco poderes que nos influyen cotidiana y

políticamente, cuales son: la naturaleza, la sociedad, la tecnología, el mercado y el Estado. Todo esto, articulado sistémicamente, da lugar a un “modelo (o paradigma) biocéntrico”<sup>15</sup> (Matthey, 2015) en el que la vida pasa a ser el centro:

### Modelo biocéntrico<sup>16</sup>



Desde esta perspectiva, respetando la cosmovisión de cada persona, la cultura —o “biocultura”— se constituye en el “campo general” que efectivamente nos regula —la vida misma—, donde todos vivimos, convivimos y nos desarrollamos. Se trata de una propuesta compuesta por cinco dimensiones, que operan como subcampos interconectados, cada una con sus propias leyes, poder y niveles de incidencia en los demás. Olvidar cualquiera de ellas es operar con miopía a nivel de sobrevivencia,

---

<sup>15</sup> Neologismo que asume a la vida como centro, como parte de una sociedad y cultura biocráticas.

<sup>16</sup> Propuesta publicada en el libro de Matthey, G. (2015). *¿Cuál es tu Sur?*

sometidos a un subsistema desequilibrante y empobrecido, ajeno a las múltiples necesidades y complejidades del siglo XXI. Esto explica que el neoliberalismo no haya funcionado y no tenga sentido para el futuro, pues se enfoca en una sola dimensión del “modelo biocéntrico” —“el mercado”—, olvidando las otras cuatro dimensiones.

La presente propuesta invita a trabajar por una vida pacífica y armónica, más rica y completa, integral y equilibrada, saludable y sustentable. En el ámbito local, nuestra “revolución pendiente” justifica plenamente una nueva Constitución, ojalá inspirada en un paradigma que ponga a la vida como centro, en tanto ella es, en definitiva, lo que más nos importa y más nos motiva a seguir viviendo. Se trata de una utopía, sin duda; no obstante, son las utopías las que nos ayudan a orientar nuestro rumbo y a aprender a vivir mejor.

## **Bibliografía**

Alwyn, M. et al. (1990). *Chile en el siglo XX*. Santiago de Chile: Editorial Planeta, S.A.

Fontaine Aldunate, A. (1999). *Todos querían la Revolución: Chile 1964-1973*. Santiago de Chile: Editora Zig-Zag, S.A.

Fukuyama, F. (1992). *El fin de la historia y el último hombre*. Barcelona: Editorial Planeta, S.A.

Lavín, J. (1987). *Chile Revolución Silenciosa*. Santiago de Chile: Editora Zig-Zag, S.A.

Matthey Correa, G. (2015). *¿Cuál es tu Sur?* Santiago de Chile: Serifa Editores, SpA.

Morandé, P. (1987). *Cultura y modernización en América Latina*. Santiago de Chile: Ediciones Encuentro, S.A.

Moulian, T. (1997). *Chile Actual: Anatomía de un mito*. Santiago de Chile: LOM-ARCIS.

Moulian, T. (1998). *El consumo me consume*. Libros del ciudadano. Santiago de Chile: LOM Ediciones.

Ortega, J. et al. (2006). *Me gustan los estudiantes*. Libros del ciudadano. Santiago de Chile: LOM Ediciones.

Peña, C. (2020). *Pensar el malestar: La crisis de octubre y la cuestión constitucional*. Santiago de Chile: Taurus.

Peña, C. (1999). *Chile Siglo XX: Historias y personajes de un país adolescente*. Santiago de Chile: Edición especial, Revista Qué pasa.